

cas, México, I, junio de 1947. Sobre la utopía americana: Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, Ed. de Estudiantina, La Plata, 1925. Recogido en *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Ed. Raigal, Col. Nuestra América, Buenos Aires, 1952, sin la "Carta al director de Estudiantina".

Las palabras de Ortega están tomadas de: *Obras completas*, vol. IV, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1951, ps. 101 y ss.

Sobre el erasmismo y su sentido: Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, Traducción de Antonio Alatorre, vol. II. Apéndice. Erasmo y el Nuevo Mundo, Fondo de Cultura Económica, México, 1950. Y Julio Jiménez Rueda, *Herejías y Supersticiones en la Nueva España*, Imprenta Universitaria, México, 1948.

Las obras citadas lo están para lecturas e iniciación de posibles investigaciones posteriores. En las obras citadas se encontrará más abundante bibliografía sobre cuestiones reseñadas.

Rafael GUTIERREZ GIRARDOT.

Bolívar, Bogotá, núm. 21, julio de 1953.

LA FILOSOFÍA SOCIAL DE ALFONSO REYES

La filosofía social de Alfonso Reyes es esencialmente una filosofía de la cultura orientada hacia Hispanoamérica. Animada por un ideal cosmopolita y humanitario semejante al de la Ilustración o el Enciclopedismo, esta filosofía aspira ante todo a encontrar la fórmula capaz de elevar Hispanoamérica a un plano cultural universal, pero sin abandonar los valores humanos fundamentales de su tradición hispánica y latina. De ahí que esta filosofía pudiera resumirse en la cifra: vehemente defensa del cosmopolitismo y la tradición como condiciones del futuro cultural de Hispanoamérica. Su significación estriba no sólo en su valioso aporte a la mayoría de los temas que constituyen la preocupación constante del pensamiento social hispanoamericano, sino también en lo mucho que ayuda a comprender el sentido de toda la obra ensayística del propio escritor —obra que a la luz de esta filosofía pudiera interpretarse como el esfuerzo de un gran humanista, crítico y esteta, por poner su ciencia al servicio de un alto ideal social, cosmopolita: el advenimiento de un mundo más unido, más justo y más feliz para todos.

Para este trabajo me he basado de preferencia en la obra que reúne los ensayos de Reyes más estrictamente preocupados con temas de filosofía social: *Tentativas y orientaciones*, México, 1944, (en adelante citada con la sigla T. O.), obra que debe colocarse entre los clásicos del ensayo social hispanoamericano con el mismo derecho que el *Dogma socialista*, *Las bases*, *América en peligro*, *Ariel*, *Moral social*, *El hombre mediocre*, *Raza cósmica*, *La evolución política y social de Hispanoamérica*, *El destino de un continente*, etc. En mi trabajo he tratado de destacar los temas básicos del pensamiento social de Reyes según su orden lógico y mostrar, cuando es posible, sus relaciones con el pensamiento de otros importantes ensayistas hispanoamericanos.

Cultura.—El punto de partida lógico de la filosofía social de

Alfonso Reyes es su concepto de la *cultura* entendido en su sentido más amplio, o sea, aquel en que se confunde con *civilización*. Este concepto, según el análisis de Reyes, comprende dos grupos de factores: contenidos y funciones. Del primero se ocupa el autor preferentemente en su ensayo *Posición de América*; del segundo, en *Atenea política*.

Los *contenidos*, dice Reyes siguiendo de cerca el esquema de Linton, se clasifican en universales, especialidades, alternativas y peculiaridades; y se definen del modo siguiente. Los *universales* son las emociones, normas y hasta conocimientos estables, pasivos y más o menos inconscientes que constituyen la atmósfera colectiva que respira el individuo. Se trata, pues, de un patrimonio común a todos los miembros de una sociedad y que, por no obedecer a una decisión consciente, ninguna nación o conjunto de naciones puede cambiar a voluntad. Las *especialidades* son los conocimientos de los especialistas y, por tanto, patrimonio en principio de unos pocos, si bien el aprendizaje —función característica de la cultura— puede transformarlos en universales. Las *alternativas* son los medios equivalentes para llegar a un determinado fin en el proceso de la investigación científica. Probado experimentalmente el valor universal de una alternativa, ésta deja de serlo para incorporarse en el núcleo de la cultura como universal o como especialidad, según el caso. Las *peculiaridades*, por último, son la contribución individual del genio, el invento o el descubrimiento que, debidamente aprovechados, alimentan o renuevan la cultura —aunque también pueden desquiciarla por exceso. De ahí, en resumen, la fórmula general: "...la cultura es una suma de emociones, pautas e ideas, cuya resultante y cuyo criterio de valuación es la conducta humana: sensibilidad de la vida, conocimientos en que todo ello resulta y que reobran sobre ello. En esta fórmula lo mismo caben la representación del mundo y del ultramundo, lo mismo el saber de dominio, el saber culto y el saber de salvación de Max Scheler" (*T. O.* pp. 130-131).

Las funciones de la cultura consisten fundamentalmente, según Reyes, en un doble proceso de transmisión de los contenidos indicados: en el orden horizontal del espacio, por comunicación entre coetáneos; y en el orden vertical del tiempo, por comunicación entre generaciones. Sin este doble proceso, insiste innumerables veces el ensayista, no hay cultura posible; y los medios o vehículos para realizarlo son la tradición y el cosmopolitismo. De ahí que al comienzo de este trabajo hemos sintetizado la filosofía social de Reyes en la cifra: vehemente defensa del cosmopolitismo y la tradición. Veamos cómo se definen estos conceptos.

Tradicición y cosmopolitismo.—La cultura, dice Reyes en *Atenea política*, es la obra de la inteligencia —la más humana de las facultades— en su función más característica: unificar, establecer sistemas regulares de conexiones. La *tradicición* representa el esfuerzo de la inteligencia por unificarse a sí misma, establecer la continuidad de su obra a través del tiempo, asegurar el aprovechamiento de sus anteriores conquistas por las nuevas generaciones.

De ahí la advertencia de Reyes a los que creen que la historia no enseña nada, que toda nueva crisis exige remedios absolutamente nuevos: la manera de afrontar el presente es asimilar el pasado, aprovechar las anteriores conquistas. Esto no quiere decir que debamos ser retrógrados ni conservadores sistemáticos. Se trata no de traducir el presente en el pasado, sino el pasado en el presente; reconocer que en la cultura, como en la naturaleza, los fenómenos se orientan en una línea recta de derivación.

El *cosmopolitismo*, a su vez, representa el esfuerzo de la inteligencia por unificar espiritualmente al hombre; hacer triunfar el principio de la unidad fundamental del género humano contra las iniquidades racistas o clasistas; establecer la paz y la buena voluntad internacionales; distribuir equitativamente los bienes materiales y espirituales de la cultura; hacer de este planeta una morada más justa y más feliz para todos.

Parece claro que lo que con tanto entusiasmo defiende Reyes bajo el nombre de "cosmopolitismo" es en el fondo la idea —tan cara a los "filósofos" de la Ilustración y el Enciclopedismo— de "una cultura universal que supere las prevenciones y diferencias entre pueblo y pueblo y lleve al campo de la historia el concepto de Humanidad" (Mariano Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia*, 2ª ed., México, 1950, p. 156). Ya tendremos ocasión de constatar en el curso de este trabajo otras afinidades del pensamiento social de Reyes con el de los "filósofos" del siglo XVIII y sus discípulos hispanoamericanos, entre éstos sobre todo los notables humanistas mexicanos Alegre, Clavijero, Guevara, Cavo y Márquez, que bien podrían ser considerados tempranos precursores de Reyes. Considérese, por ejemplo, este pasaje de Márquez, reproducido en la citada obra del Profesor Picón-Salas: "Los filósofos son cosmopolitas, tienen por compatriotas a todos los hombres... la verdadera Filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida. Dada la conveniente instrucción —enseña la Filosofía—, en todo clima el hombre es capaz de todo."

Prosiguiendo el tema del cosmopolitismo, en el ensayo *Un mundo organizado* Reyes hace resaltar y condena como un grave anacronismo de nuestra cultura, la gran disparidad entre la escasa unificación espiritual y la prodigiosa unificación física del mundo moderno. Los medios de comunicación, dice Reyes, han eliminado prácticamente las distancias y unificado físicamente el planeta en un grado nunca antes conocido; pero, espiritualmente, el mundo sigue dividido. En todas partes se alzan barreras artificiales —aduanas, protectorados, monopolios, prejuicios racistas— que impiden hacer correr libremente los bienes de la cultura. Mientras este anacronismo exista no podemos llamarnos cultos, porque precisamente "la obra de la cultura consiste en salvaguardar, transmitir y hacer correr con igual facilidad por todos los pueblos las conquistas del hombre, materiales y espirituales; consiste en redondear y canalizar

la tierra para la mejor circulación del bien humano" (*T. O.* p. 219).

No existe la cultura, insiste el ensayista, "mientras en una región se quemen los efectos agrícolas para mantener los precios, cuando en otras hay poblaciones que perecen de hambre; mientras las regulaciones aduanales sean incompatibles a uno y otro lado de la misma frontera; mientras existan conflictos de Derecho Internacional Privado por falta de un Código que prevea los desajustes de unas y otras leyes internas; mientras las carreteras internacionales puedan ser consideradas como una amenaza; mientras los empresarios y acaparadores tengan la facultad de esconder los beneficios de algún invento para no arruinar el lucro inmediato; mientras los letrados y los analfabetos se codeen en las mismas calles; mientras todo esto acontezca ni siquiera podremos jactarnos de haber alcanzado la grandeza del sueño de Alejandro: aquella igualdad de clases, pueblos y razas, aquella *homónoia* o humanidad unificada que con tanta razón sedujo a los antiguos estoicos" (*T. O.* p. 220).

Esta crítica de los males de la cultura moderna va encaminada a un ataque frontal de lo que, en opinión de Reyes, constituye el causante mayor de esos males y el peor enemigo del cosmopolitismo:

El imperialismo.—De este tema obligado del ensayo hispanoamericano desde fines del pasado siglo, Reyes se ocupa en varios trabajos además de los mencionados *Atenea política* y *Un mundo organizado*, *Doctrina de paz*, *Esta hora del mundo*, *Posición de América*, *El hombre y su morada*. Su contribución al tema consiste principalmente en un cuidadoso análisis de los tipos y técnicas —pretextos o subterfugios— del imperialismo; y en un doble plan para combatir este fenómeno.

Imperialismo y cosmopolitismo se parecen, dice Reyes en *Atenea política*, en que ambos persiguen la unificación del hombre; pero mientras el cosmopolitismo unifica respetando la libertad, el imperialismo unifica esclavizando. El imperialismo es, pues, un cosmopolitismo ilegítimo.

En cuanto a sus tipos, hay dos básicos y uno mixto. Los básicos son: el imperialismo jurídico o político a la romana, cuyo objeto es gobernar por gobernar y cuyo nacimiento y muerte es la guerra; y el imperialismo económico de nuestro tiempo —imperialismo de mercados, protectorados y colonias, en el cual también aparece la guerra, pero que nace y muere con el sistema económico que le ha servido de vehículo. El tipo mixto es el imperialismo ibérico, tipo *sui generis*, mezcla de codicia y gloria, de religión y hazaña.

Si no me equivoco al interpretar a Reyes, el peor de estos tres tipos sería el moderno, porque sus males no quedarían compensados por la más mínima contribución a la cultura. El romano y el ibérico, en cambio, con todos sus males, habrían dejado una herencia cultural inestimable. Tal parece ser el sentido del siguiente pasaje, muy a tono con el tradicionalismo de Reyes: "El imperio ibérico, que podemos llamar místico, considerándolo como una cruzada que se realizó, engendra vida, crea naciones. El elemento pasajero de dominio político queda eliminado naturalmente, y sólo resta la ganancia obtenida, la novedad histórica: el orbe ibérico. Como se habla de la civilización latina, y en igual sentido de vastedad y magnitud y fecundidad, sólo de la civilización ibérica puede hablarse" (*T. O.* pp. 45-46).

En el ensayo *Doctrina de paz*, Reyes destaca y critica detalladamente los siguientes pretextos o subterfugios del imperialismo moderno: defensa de la civilización o la cultura, necesidad de las materias primas que no se poseen en el propio territorio, necesidad de espacio vital, defensa del prestigio nacional, superioridad racial de un tipo humano destinado a gobernar a los demás. Con estos pretextos, dice el ensayista, el imperialismo trata de crear una atmósfera mística en torno de la guerra, presentándola como cruzada heroica, patriótica o civilizadora, cuando en el fondo no es sino una lucha de privilegios, mercados, protectorados y colonias.

De todos estos pretextos, el que más preocupa a Reyes —acaso por ser el más antagónico a la idea cosmopolita— es el de la superioridad racial. La demoleadora crítica a que somete este pretexto en este y otros escritos, introduce una gran corriente de aire fresco en el ensayo hispanoamericano, tan viciado de racismo. (Recuérdese cuántas veces, desde Alberdi y Sarmiento hasta Blanco-Fombona, nuestros ensayistas han invocado el término "raza" —¿contaminación del idealismo romántico de Schelling y Herder en extraña alianza con el positivismo?— para explicar nuestras costumbres e instituciones).

"Vale la pena detenerse a considerar lo que hay en el racismo, dice Reyes en el ensayo *Esta hora del mundo*. Ante todo, inútil insistir en la mixtificación sobre la diferencia fundamental de las razas y menos en la pretendida superioridad necesaria de una raza sobre las demás. Hace tiempo que la ciencia ha expulsado de sus laboratorios todos estos bagazos. Los ha recogido la política, que suele nutrirse con los relieves del festín de la ciencia... Los etnólogos llegan ahora a la conclusión de que los caracteres raciales no son más que abstracción de clasificaciones útiles para entenderse sobre ciertos tipos de la especie, pero que en la realidad nunca correspondieron —como conjunto— a ningún grupo humano determinado. Las diferencias de los tipos actuales son el efecto, y no la causa, de múltiples evoluciones" (*T. O.* pp. 112-113).

"La raza —insiste Reyes en *Posición de América*— es un concepto estático, sin fundamento científico ni consecuencia ninguna sobre la dignidad o la inteligencia humanas, uniformes en principio cuando se les ofrecen iguales posibilidades" (*T.O.* p. 141). Y más adelante agrega: "... las grandes civilizaciones históricas siempre han resultado del hibridismo, y olvidarlo es ser víctima de una ilusión óptica, o lo que es peor, poner la ciencia al servicio del fraude... Todos los pueblos son mestizos... Y no hablemos más de razas, sino de culturas, pues los campos históricos se han fundido a marcha creciente con la comunicación de la tierra, y el planeta se

encamina a la íntegra y cabal circulación de la sangre humana” (T.O. pp. 200-201).

Para encontrar una afirmación tan franca del principio de la identidad universal del hombre contra las supercherías del racismo en el moderno ensayo hispanoamericano, hay que volver por lo menos hasta Martí, quien en 1891 decía en *Nuestra América*: “No hay odio de razas porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre”.

Para combatir el imperialismo y su obligado acompañante, la guerra, Reyes propone dos planes: la educación para la paz —en el ensayo *Doctrina de paz*; y la creación de un “Estado Universal”— en *El hombre y su morada* y *Un mundo organizado*. Se trata de planes a largo plazo, para después de la segunda guerra mundial, que Reyes ve avecinarse y luego estallar en el período en que escribe los mencionados ensayos (1938-1943).

El primero es un vasto plan educacional, emprendido con todos los medios modernos de difusión del pensamiento —la prensa, el libro, el cine, la radio, el intercambio cultural y turístico— para substituir la mística de la guerra, tan explotada por el imperialismo, por la mística de la paz: “...dar al hombre un mundo más allá de la guerra, en que las aventuras de la paz constituyan poco a poco un nuevo código de caballería y descubran a la vida un nuevo sentido, en el alto empeño de servir a los demás” (T.O. p. 67); hacer “que la poesía de la paz absorba gradualmente toda la sustancia de la guerra, que se entienda lo que hay de arrebataador y peligroso en trabajar para el bien; que quede bien claro que ningún arrobo místico de la agresión puede ser superior al de la armonía y al de la construcción de las sociedades felices...” (T.O. p. 88).

En cuanto al Estado Universal, sería una organización econó-

mica administrativa y cultural, especie de cooperativa técnica de naciones libres encargada de realizar prácticamente los ideales del cosmopolitismo. Su fin positivo sería distribuir equitativamente los bienes materiales y espirituales entre todas las naciones; y su fin negativo, evitar la guerra. Esta organización funcionaría por medio de Institutos Internacionales de carácter técnico que, en el orden económico, equilibrarían el intercambio de artículos indispensables; en el orden administrativo, buscarían la conciliación y el arbitraje; y en el orden cultural, intensificarían y regularizarían los servicios del arte y la ciencia.

No se le oculta al ensayista que este proyecto está destinado a encontrar serias resistencias tanto en las pequeñas naciones como en las grandes potencias; en las primeras, por su temor a ver absorbidas sus soberanías por un colosal super-Estado político; en las segundas, por su tendencia a la arrogancia y la costumbre de imponer sus decisiones a las naciones más débiles. Estos obstáculos, sin embargo, podrían vencerse con la experiencia del trabajo en común, con medidas destinadas a salvaguardar las soberanías nacionales y, sobre todo, con una vigorosa campaña de educación de la fe —campaña de “psicagogía” la llama Reyes— en que deberían colaborar todos los sacerdotes, todos los hombres de buena voluntad, todos los que usan del arte de hablar y escribir.

Y así nos encontramos en presencia de otro tema favorito del ensayista:

Misión social del intelectual.—Esta misión quedó resumida en el ensayo recién comentado —*Un mundo organizado*— con el término “psicagogía”; la prédica de la fe en un mundo terreno más unido espiritualmente; y la difusión por todos los medios posibles —la expresión oral, el libro, el periódico— de los resultados científicos que más ayudan a desmentir los prejuicios en contra del principio de la identidad fundamental del género humano; en suma: el arte de hablar y escribir, en estrecha alianza con la ciencia, al servicio del ideal cosmopolita.